LECCION DEL DOS DE MAYO DE 1808

MMXXV

LECCIÓN DEL DOS DE MAYO DE 1808

Elogio de los Capitanes Don Luis Daoíz y Don Pedro Velarde, héroes de la independencia española, muertos en el servicio supremo a la patria; relatado por el Capitán del Arma:

D. Fco. Javier Lozano Jiménez

AÑO 2025

Editado en Segovia, Imprenta de la Academia de Artillería

“Esta lección del dos de mayo de 2025 fue impartida en el Alcázar de Segovia, por el Capitán Profesor de la Academia de Artillería, Don Fco. Javier Lozano Jiménez, en el acto presidido por el Coronel Director de la Academia de Artillería, Ilmo. Sr. D. Rafael de Felipe Barahona, para conmemorar los sucesos ocurridos en Madrid el dos de mayo de 1808.”

Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades, Señores Oficiales, Caballeros y Damas Alféreces Cadetes, Suboficiales, Caballeros y Damas Alumnos, Artilleros, Damas y Caballeros.

Recae en mi este año, la responsabilidad y el honor de impartir aquí la lección del 2 de mayo. Y no hay mayor privilegio que hacerlo aquí, en el majestuoso Alcázar segoviano, hogar y colegio de los artilleros, ante los nobles descendientes de las familias de nuestros capitanes Daoíz y Velarde, y frente a todos ustedes. Pero en especial, ante nuestros futuros oficiales y suboficiales de Artillería, herederos de los más altos valores del pueblo español.

Surge esta tradición de lo dispuesto por Real Decreto de la Regencia de 1812, en la que se dispone que *"todos los años se haga un elogio de los Capitanes (Daoíz y Velarde) ante los artilleros, a fin de estimularles a imitar su ejemplo, mostrándoles el camino que*

deben seguir para hacerse dignos de la honrosa profesión de defensores de la Patria".

Por ello, me gustaría comenzar este elogio precedido de una breve reseña de la biografía de nuestros héroes, para continuar con el relato de tan gloriosos hechos que tuvieron lugar en el 2 de mayo de 1808.

LUIS DAOÍZ Y TORRES nace en Sevilla en 1767. Proveniente de una familia noble con tradición militar, ingresaría en el Real Colegio de Artillería a los 15 años, donde destacó por su liderazgo, y por su destreza en la técnica y estudio de la Artillería. Al poco de egresar de esta Academia, participa en la defensa de Ceuta y Orán, así como en la campaña del Rosellón contra los revolucionarios franceses. Capturado y cautivo, rechazó en numerosas ocasiones poner sus conocimientos al servicio del francés. Una vez liberado, participa en 1797 en la defensa de Cádiz a bordo del San Ildefonso y, posteriormente en la defensa del territorio español en las Américas. En 1808, tras una carrera de enorme prestigio y experiencia en combate, LUIS

DAOÍZ se encontraría destinado en el Parque de Artillería de Monteleón de Madrid.

PEDRO VELARDE Y SANTILLÁN nace el 19 de octubre de 1779 en Muriedas, Cantabria, también en el seno de una familia con una sólida tradición militar. Desde joven, mostró un gran interés por la carrera castrense, ingresando en el Real Colegio de Artillería de Segovia como cadete a los 14 años. Su dedicación y brillantez académica le valieron un rápido ascenso a subteniente, refrendando su valía en el campo de batalla durante la Guerra de las Naranjas con Portugal en 1801. Su inteligencia y habilidades técnicas lo llevaron a convertirse en profesor y experto en proyectiles de esta casa, contribuyendo significativamente al desarrollo de la artillería española. Posteriormente, VELARDE se trasladaría a Madrid, donde ocuparía el cargo de secretario de la Junta Superior Económica del Cuerpo de Artillería.

Así, la mañana del 2 de mayo de 1808 el destino quiso que nuestros héroes coincidieran en Madrid, centro de un reino cuya

población miraba con recelo los movimientos, desmanes y atropellos que, desde el tratado de Fontainebleau unos meses antes, provocaba la presencia de las tropas francesas. Este tratado, firmado entre España y Francia por mediación del valido del rey Carlos IV, Manuel Godoy, autorizaba el movimiento de las tropas francesas por la península ibérica para llevar a cabo la invasión combinada de Portugal. Sin embargo, los planes de Napoleón eran otros, pues aprovechó la presencia de sus tropas para ocupar las plazas fuertes españolas.

DAOIZ Y VELARDE, junto a un nutrido grupo de oficiales de Artillería repartidos por España y desconfiados de las verdaderas intenciones de los ejércitos franceses, organizaron un levantamiento para enfrentarse al invasor, promover una acción coordinada en varias ciudades españolas y liberar al rey Fernando. Ultimado el plan hasta los últimos detalles, Velarde, movido por su sentido de la responsabilidad y lealtad, expuso su plan al ministro de la guerra O'Farril, convencido de que apoyaría la liberación de la patria.

Lamentablemente, esto dio al traste con el plan, ya que el ministro tomó rápidamente todas las precauciones para desbaratar la que sería conocida como "LA CONFABULACIÓN DE LOS ARTILLEROS". Daoíz, al escuchar los hechos de los labios de Velarde, solo respondió una cosa: *"Todo está perdido, pero tú y yo sacrificaremos la vida por la Patria".*

La abdicación de Carlos IV en su hijo Fernando tras el motín de Aranjuez, y la inestabilidad del estado español, fueron hábilmente aprovechados por Napoleón que, con la excusa de ofrecer su mediación, invitó a la familia real española a Bayona. Allí la retuvo prisionera, forzando la abdicación de Fernando VII en el hermano del francés, José Bonaparte.

Sin embargo, el punto de inflexión entre el pueblo español y las tropas invasoras tuvo lugar precisamente ese 2 de mayo, cuando los franceses intentaron trasladar a los últimos miembros de la familia real española fuera de Madrid. El pueblo de Madrid, congregado en la Puerta del Sol y

en el Palacio de Oriente, hastiado de múltiples humillaciones, no pudo aguantar este nuevo desaire.

Al grito de *"¡Traición! ¡Que se los llevan!"*, cientos de personas se enfrentaron espontáneamente a los soldados franceses que, con sus cañones y fusiles no dudaron en abrir fuego contra una multitud incrédula, armada a lo más con cuchillos, navajas o cualquier palo que pudiesen encontrar.

La noticia de este vil acto corre tan rápida como la pólvora francesa. La lucha se extiende por toda la ciudad, pero ahora esos gritos se tornan en "¡Muerte al francés! *¡Muerte a Napoleón!".*

En busca de armas con las que proteger el honor de España, numerosos madrileños se dirigen al Parque de Artillería de Monteleón. Tras algunas dudas, el pueblo es armado. Allí, permanece un puñado de hombres, civiles y militares, con DAOÍZ al frente, dispuestos a preparar la defensa, y eligiendo rechazar el oprobio del yugo francés para aceptar la muerte como única certeza.

Llegaría posteriormente VELARDE, con el destacable apoyo del regimiento de Voluntarios del Estado del cual había conseguido reclutar una compañía al mando del teniente de Infantería, JACINTO RUÍZ que, con sus hombres, juró morir junto a los artilleros por la dignidad y la libertad de la patria.

Pero el tiempo es escaso, y los paisanos apostados en las cercanías del parque comienzan a avisar de la inminente llegada de la primera columna francesa, pertenecientes al batallón de Westfalia. Orgullosos y seguros de su victoria, los galos avanzan impertérritos hacia la puerta del Parque, dispuestos a forzar la entrada. No minúscula debe de ser su sorpresa cuando, mandados por DAOÍZ, tres disparos de cañón atraviesan la puerta sin previo aviso, haciendo desaparecer la columna francesa. Ciertamente, sería de justicia reconocer el valor de los franceses, cuyo orgullo se había ya desvanecido. Varias veces intentaron traspasar las defensas organizadas por los artilleros y por el pueblo madrileño, y otras tantas fueron rechazados.

El mariscal MURAT, enfurecido por la osadía del pueblo español, resuelve enviar una brigada al mando de su ayudante, el general LAGRANGE. Con granaderos de la Guardia Imperial al frente, los franceses insisten en su avance. Pero el sonido atronador del cañón no cesa. La denodada resistencia de los defensores del Parque de Artillería no conoce límites ni en valentía ni bravura, tan solo en las municiones y vidas, que comienzan a ser escasas.

Sobre la una de la tarde, tras rechazar el envite francés en varias ocasiones, VELARDE es finalmente abatido de un disparo en el corazón. Y DAOIZ, también malherido tras un disparo en la pierna, se encuentra apoyado en un cañón, ya silencioso por falta de munición. Hasta su posición acude el propio general Lagrange, creyéndolo rendido. El general francés, en lugar de honrar la valentía de artilleros y paisanos, no hizo más que lanzar deshonrosos improperios hacia el capitán español, perseverando en sus ultrajes al pueblo español.

¡Cuán graves hubieron de ser sus agravios para que, en un último esfuerzo y con la muerte ya a su lado, DAOÍZ blandiera su sable para asestar una estocada a tan vil enemigo! Aunque logró herirlo, oficiales y granaderos cayeron sobre el capitán, que incapaz ya de defenderse en tan desigual refriega, cae desplomado al suelo, mortalmente herido por una vil bayoneta que lo atraviesa por la espalda. Fallecería poco más tarde, en su domicilio, a consecuencia de las heridas.

Ambos capitanes, unidos por la hazaña que supuso despertar al pueblo español, serían trasladados al convento de San Martín, donde fueron cobijados. Sus restos descansan actualmente en Madrid, en la Plaza de la Lealtad, en lo que actualmente constituye el Monumento a los Caídos por España, junto al Paseo del Prado.

Y si alguno de los futuros mandos de Artillería aquí presentes, se ve incapaz de emular tan nobles ejemplos, sepan ustedes que ellos también estuvieron en su

lugar, compartiendo sus mismos temores e inquietudes. No son tan distintos del joven cadete Pedro Velarde y su hermano quienes, en una carta fechada el 11 de abril de 1794, y disponible en la Sala de Maquetas de nuestro Real Colegio, también solicitaban a su tutor que les mandase algunas pesetas y la reposición de algunas de sus hebillas rotas.

En cualquier caso, que mis últimas palabras sean para destacar algunos de los valores de nuestros héroes artilleros que, junto al también heroico pueblo español, dijeron NO al invasor francés, dijeron NO a la humillación de una nación que otrora constituyó un orgulloso imperio.

En primer lugar, la ABNEGACIÓN.

Que llevó a nuestros héroes a aceptar una muerte segura por una salvación incierta de España. Pero esta decisión no es rápida ni irreflexiva, sino que exige una preparación meditada que nos aleje del más horrible de los peligros, vivir siendo un cobarde.

Por ello, la abnegación y el sacrificio, así como la aceptación de la muerte, deben manifestarse en nuestros pequeños gestos cotidianos. Desde el posible último beso en la frente de nuestros hijos al abandonar la seguridad del hogar, hasta el trato respetuoso y considerado con compañeros, superiores y subordinados, pasando por el esfuerzo constante y el perfeccionamiento diario en nuestra formación y tareas.

En segundo lugar, la RESPONSABILIDAD.

Que nos haga asumir las consecuencias de nuestras propias decisiones, aun cuando se antojen difíciles y gravosas, descartando las excusas y pretextos.

Y, por último, pero no menos importante, la LEALTAD.

Hacia unos rectos principios, hacia nuestros compañeros y, ante todo, hacia el pueblo español que hoy nos acompaña.

Que la sangre derramada y mezclada de artilleros y paisanos en el Parque de Artillería

de Monteleón sea garantía de nuestro compromiso con la sociedad civil, a la que nunca abandonaremos. Pues solo por sus intereses y los de España cobran sentido la pólvora y el trueno de nuestros cañones.

Con estas 3 virtudes, conseguiremos cumplir la misión encomendada a la Artillería española y emular, en las tareas comunes de cada día, o en las extraordinarias si las circunstancias lo exigen, a estos dos Capitanes, los primeros del Arma.

LAUS DEO